

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR  
FUE

Enamorarme  
del novio de  
mi hermana

SERIE MI ERROR 4

booket

# **Morueña Estríngana**

Mi error fue enamorarme  
del novio de mi hermana

*Serie Mi error IV*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estringana, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2018

Depósito legal: B.13.404-2018

ISBN: 978-84-08-18683-0

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

JENNA

Cuando bajo de la moto veo la vivienda de dos plantas que tengo ante mí y compruebo la dirección que anoté en el papel. Es la correcta. Me guardo el papel y voy hacia la casa tras dejar el casco en la moto y arreglarme mis dos coletas. Tal vez tendría que haberme dejado el pelo suelto o haberme maquillado un poco, pero salí casi corriendo de mi estudio de pintura, situado en un edificio antiguo cerca de la plaza del pueblo, y no tuve tiempo para más, y ahora, sin un espejo delante, prefiero no arriesgarme a soltarlas y quedar aún peor. Me toco la cara para comprobar, una vez más, que no me he dejado restos de pintura en ella. No hay nada.

Llego a la puerta y toco sin vacilar más. Le pedí a mi padre si podía dejar un anuncio mío en su empresa, en el que me ofrezco como niñera, y tuve suerte, ya que no tardaron mucho en llamarme. Cuidé a un chiquillo unos meses, pero se trasladaron a vivir a otro país y he te-

nido que volver a buscar trabajo. Siempre me han gustado los niños y de esta forma puedo costearme mis gastos y pagar mis clases de pintura. Mi padre lo ve bien y yo me siento más útil. Lo cierto es que siempre me apoya en todo; sé que se alegra de que quiera ganar mi propio dinero, y yo me siento mejor. No me gusta que me lo den todo hecho.

Bajo la vista justo cuando se abre la puerta y veo horrorizada que mis zapatillas blancas tienen manchas rojas de pintura.

—Buenas tardes. Por la hora que es, debes de ser Jenna.

La voz profunda del joven me atraviesa. Al alzar la vista para mirarlo, me quedo asombrada. Me aparto el largo flequillo de los ojos con un soplido y trato de sonreír, pero hasta eso me he olvidado de hacer. He visto chicos guapos, muchos, pero ninguno que me haya impactado tanto. Sus ojos dorados me observan alegres y su pelo rubio ondulado le cae revuelto sobre las cejas. Su sonrisa hace que sus rasgos resulten aún más hermosos.

Mientras lo contemplo, recuerdo mortificada que me he quedado con la boca casi abierta mirándolo descaradamente, y me apresuro a responder.

—Sí, esa soy yo. —Le tiendo la mano y él me la coge divertido.

—Soy Robert. Pasa, te estábamos esperando.

Al oír eso, deduzco que me espera con su novia y parte del cosquilleo que se ha instalado en mi estómago mengua. Es normal, un chico así no debe de estar libre... Pero ¿qué estoy pensando?

Al entrar en la sala, lo primero en lo que reparo es en lo acogedora que es. Sobre el aparador hay una foto de

un niño de ojos dorados y sé que es él, pues ya de pequeño tenía esa sonrisa arrebatadora.

Oigo una risa infantil y me vuelvo hacia ella. Me encuentro con una pequeña de poco más de un año, mirándome con unos ojos idénticos a los del joven.

—Tú debes de ser Nora.

Dejo mi mochila en una silla y camino hacia ella. La cría enseguida alza los brazos, la cojo y le sonrío.

—¿Te gustan mis coletas? Son muy cómodas. —La pequeña tira de ellas, me río.

—Veo que le gustas.

Me sobresalto al oír la voz de Robert tan cerca y clavo la vista en él. Cuando me llamó, me explicó que estaba interesado en contratar a una niñera para su hermana pequeña, que él era ahora, además de su hermano, su padre adoptivo.

—Sí, eso parece.

Dejo a la chiquilla en el parque y miro a Robert, esperando que no note cómo me altera su presencia.

—Necesito que cuides de ella por las mañanas y algunas tardes.

—¿No necesitas preguntarme nada más? No sé, tal vez podría ser una asesina de niños...

Robert se ríe y yo le sonrío aliviada porque mi inapropiada broma no le haya molestado.

—No creo, pero por si acaso, activaré la cámara de vídeo. —Agrando los ojos y Robert se ríe—. Es broma. Me fío de quien te ha recomendado.

Pienso enseguida que ha sido mi padre, aunque, por lo que parece, no le ha dicho que soy su hija. Menos mal. No me gusta que me contraten solo porque soy la hija del jefe.

—Si pusieras cámaras, lo comprendería. Es tu her-

mana y la quieres, es normal que seas protector y, a fin de cuentas, yo no dejo de ser una extraña.

—Cierto. Ven, si te quedas más tranquila, te haré unas preguntas. Nunca he hecho esto, pero supongo que funciona así. Hasta ahora hemos cuidado a la niña entre todos. Tengo muchos amigos y nos hemos ido apañando, ellos la consideran su sobrina. Pero he decidido que es mejor contratar a una niñera que cuide de ella. —Yo asiento y lo sigo a la cocina; cuando me ofrece un café niego con la cabeza—. ¿Quieres comer algo?

—He comido un sándwich en mi estudio...

—¿Estudio?

—Sí, tengo un pequeño piso alquilado donde voy de vez en cuando a pintar. Es una de mis aficiones secretas. No hace mucho que lo alquilé, pues mis padres llevan poco tiempo en este pueblo, pero cuando entro en él, es como si estuviera en casa. La pintura es mi mundo, aunque no suelo comentarlo con la gente. Algunos piensan que soy rara por dedicar tantas horas a mis cuadros.

«No sé qué hago hablando tanto, a él no le importa todo esto», pienso mortificada, tratando de no perder la sonrisa y no parecer estúpida. Ojalá pudiera controlar igualmente mi sonrojo por la vergüenza que ya asoma a mi cara.

—Te guardaré el secreto. —Me sonrío, y eso me relaja.

—Bueno, no es tan secreto, pero la gente de mi entorno no habla de ello. Solo mi padre se interesa por mis pinturas, y me he acostumbrado a guardármelo para mí. Además, me cuesta mucho enseñar lo que pinto, incluso en las clases suelo ser muy reticente a que vean mi trabajo.

Robert me mira con intensidad antes de asentir.

—Bien. ¿Y por qué quieres cuidar a Nora?

—Entre otras cosas, porque me ayuda a costearme mis gastos y es un trabajo que puedo compaginar con mis estudios.

—¿Fumas?

—No, odio el tabaco. ¿Y tú?

Robert se ríe.

—No, pero la entrevista te la estoy haciendo yo a ti.

Me relajo por su forma de decir las cosas y por lo cómoda que me siento con él, pese a que no lo conozco. Me siento un poco menos estúpida. A veces me sucede cuando estoy con alguien: o escucho y no digo nada, o hablo mucho mientras pienso que debo callarme y dejar de soltar tonterías que no le interesan a nadie.

—Cierto, pero era para recomendarte que no lo hicieras en la casa.

—No lo haría, por eso te lo preguntaba. —Robert parece divertido por mi comentario.

—Bien hecho.

—¿Tienes noviete? —Me sorprende su diminutivo y alzo las cejas contrariada—. Lo digo porque no me gustaría que lo trajeras aquí.

—No lo haría.

—Bien. La verdad es que no sé qué más preguntarte.

—Hummm... Solo he trabajado de esto unos meses, se me dio bien y, además, soy responsable. Cuando doy mi palabra, la cumplo. He leído mucho sobre niños, por interés, y sé muchas cosas por este motivo.

—¿Te gustaría estudiar Magisterio? Tengo una amiga que va a empezar la carrera ahora en septiembre y otra ya está estudiándola.

—No, de momento me conformo con acabar mis estudios de secundaria. Pero tal vez más adelante estudie una carrera.

—Ya, aún eres joven, ya tendrás tiempo.

—Claro.

Desvió la mirada hacia otro lado molesta y avergonzada, como siempre me pasa al hablar de mis estudios. Desde niña me ha costado mucho aprobar, no por falta de empeño, sino porque lo que para otras personas es fácil de entender tras leerlo, para mí, no.

—No bebo —le digo de repente—. Por si se te ha pasado por la cabeza.

—No, pero es bueno saberlo. —Robert me sonrío y se queda observándome. Me siento algo cortada, pero no digo nada—. Vamos, te diré dónde están las cosas de la pequeña.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más. Tengo buena intuición.

—Pues te debe de estar fallando, estás metiendo a una ladrona... —le suelto a su espalda, y enseguida me arrepiento. No me conoce, no conoce mis bromas. «Eres tonta», pienso mortificada y roja como un tomate—. Lo siento... —Pero me callo cuando Robert se ríe.

—Muy bueno.

Me sorprende que haya pillado mi broma y me relajo aún más. A veces, cuando estoy nerviosa acabo diciendo tonterías, como la de ahora, por ejemplo.

—Has cometido un error al reírte con mis bromas. Solo mi padre las soporta... y las entiende, claro.

—Ha sido por el tono que has usado. Has puesto voz grave —me dice, subiendo las escaleras.

—¿Vivís los dos solos?

—Por desgracia, sí. —La sonrisa de Robert se des-

vanece—. Mis abuelos eran mayores y murieron hace poco.

—Lo siento. Yo nunca he conocido a los míos, pero me hubiera gustado mucho.

—Yo todo lo que soy se lo debo a ellos.

Sin pensar lo que hago, pongo mi mano sobre su brazo.

—Lo siento de verdad.

Robert me sonrío y de pronto me doy cuenta del calor que desprende su brazo y de mi atrevimiento. Me aparto. Robert me explica dónde están las cosas de su hermanita.

—Creo que ya sé dónde está todo.

—Bien.

Bajamos. La niña está mordiendo un osito y, cuando nos ve, lo suelta y nos sonrío.

—Voy a ir a comprar. No tardaré mucho, pero así ves si te haces con ella. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—Anótate mi teléfono.

Saco el móvil y copio el número de Robert en mi agenda. Cuando termino, me lo coge de las manos y mira el fondo de pantalla que tengo puesto.

—Es bonito.

—Gracias.

—¿Es tuyo?

—Sí..., pero no es de los mejores.

Recupero el móvil, sonrojada, y lo guardo. El fondo de pantalla es uno de mis cuadros preferidos: un Pegaso acunando a un bebé.

—Pintas realmente bien.

—No soy tan buena... Es solo un hobby, pero bueno..., pues eso. —«Mejor me callo y dejo de decir incoherencias.» Me muerdo el labio nerviosa.

Robert me mira sonriente y voy hacia la chiquilla.

—No te gusta hablar de tus cuadros.

—No. De hecho, este que llevo en el teléfono es el único que he mostrado, y así, en el móvil. Si lo vieras al natural, te darías cuenta de todos los fallos que tiene. Solo pinto porque me relaja.

—Yo ni siquiera sé dibujar. Ya lo haces mejor que yo. Me río por su intento de hacerme sentir especial.

—Ese ejemplo no vale.

Cojo a la pequeña Nora en brazos y ella me da un sonoro beso en la cara.

—Eso se lo enseñó a hacer una de sus tías postizas. Es la reina de la casa.

—No me extraña. No puedes negarte cuando te mira con esos ojos... —Me callo al darme cuenta de que él los tiene iguales.

—Me voy a comprar.

—Sí, mejor, porque si no, seguiré diciendo tonterías.

—No las dices.

—A veces hablo antes de pensar.

—Eso es porque eres transparente y no tienes nada que ocultar.

—Tengo muchos secretos.

—Sí, ya lo sé. Uno de ellos es que eres una ladrona buscada por la policía.

Me río y, cuando coge las llaves para irse, me da lástima que se acabe nuestra conversación.

—Nos vemos ahora.

—Claro, seguiré aquí. Tus cosas no, claro.

Robert me sonrío y se va.

Lo veo marcharse y me quedo un rato con la pequeña en los brazos observando su carita. ¿A qué ha venido todo eso? He hecho el ridículo, no he dejado de decir

sandeces, debe de pensar que soy medio lela. Aún no sé cómo se ha decidido a contratarme. Las referencias de mi padre han debido de ser muy convincentes; solo espero que cumpliera su promesa de no decir que era su hija.

Nora llama mi atención y me siento en el sofá con ella para jugar. Cuando me mira con sus ojos sonrientes, mi mente evoca los de su hermano y otra vez mi corazón late con una vida distinta. Tengo que salir más. Últimamente, tanto estar en mi estudio sola me ha hecho fijarme más de lo normal en el primer chico que me habla más de dos palabras seguidas. Sí, debe de ser eso. Como dice mi madre, tanto confinamiento en mi estudio no puede ser bueno. Y empiezo a pensar que tiene razón. Es una suerte que de vez en cuando Matt me invite a que vaya con él a sus viajes. Si no, mi vida se reduciría a pintar... y nada más.

ROBERT

Llego a la comisaría donde está Adair. Lo veo tras una mesa hablando con Dulce. Cuando me ven me saludan y voy hacia ellos.

—¿Y la pequeña? —me pregunta Dulce asustada.

—No está sola, por si es eso lo que te preocupa.

—Hombre, supongo que no serás tan irresponsable.

La miro sonriente.

—No, está con su nueva niñera.

—¿Ya la has encontrado? ¿Y es de fiar? Manda a Adair. Seguro que no se le escapa si es una asesina de bebés en potencia.

Sonrío al recordar la broma de Jenna y recuerdo sus

ojos verdes risueños. No, con esa cara tan dulce, no puede ser una criminal.

—Es solo una joven, no tendrá más de quince años.

—¿Y tan joven la dejas con Nora?

Pienso en George, mi jefe, y en las palabras que me dijo cuando me vio observando los anuncios:

—Conozco a la joven... —Lo vi sonreír con cariño—.

Si estás buscando una niñera, no podrías encontrar una mejor. Yo pondría mi vida en las manos de esa joven sin dudar.

Asentí y la llamé. George es mi jefe y confío mucho en él; tanto, que ya sabía que contrataría a Jenna antes de conocerla. Si George confía en ella, yo me fío de él. Sabe lo importante que es Nora para mí. No me recomendaría a nadie que pudiera hacer daño a mi hermana.

—Dulce, es la hermana de Robert, sabe lo que hace —interviene Adair, haciendo que vuelva al presente.

—Está saliendo con esa estirada de Ainara, perdóname que dude que sepa lo que hace.

La contemplo con semblante serio, un poco cansado de que todos cuestionen que esté con Ainara.

—Dejemos el tema. ¿Qué tal es la nueva niñera? —pregunta Adair.

—Se la ve muy dulce, y creo que tiene muy buen trato con Nora...

—¿Crees?

—Empiezo a cansarme de que Nora tenga tantas tías adoptivas —replico, mirando sonriente a Dulce.

—Pues no te queda... —comenta Adair divertido.

—Nora le dio un beso.

—¿Le dio un beso y apenas la conoce? —Dulce me mira seria—. Eso debe de ser bueno.

—Sí, Nora es cariñosa, pero no da besos a todo el mundo.

—A Ainara no, desde luego.

—Déjalo ya —pide Adair.

Dulce asiente. Con Ainara, Nora tiene un recelo que a veces resulta mosqueante. Y no entiendo por qué. Sé que Ainara, por lo que ha vivido, necesita tanto cariño como Nora, y tal vez por eso no sepa cómo dárselo a la pequeña.

—Mira, nos vamos contigo y así vemos a la niñera...

—Ángel no tardará en llegar a casa —le comento a Dulce.

—Lo dices como si esa fuera una razón para que yo no vaya.

—¿Yo? No, qué va, lo de que os evitéis mutuamente es casualidad.

—Pues sí. —Dulce consulta su reloj—. No puedo ir, he quedado. Y que conste que no es porque Ángel vaya a estar allí.

—No, claro que no.

Dulce se va, tras advertirme que como la niñera le haga algo malo a Nora, me perseguirá a mí allí donde me esconda, y a la niñera también.

—Y luego Laia me dice que es tan dulce como su nombre —observa Adair.

—Lo será con ella.

—Empiezo a creer que solo es dulce con las mujeres, pero siempre ha sido así.

—No sé cómo pudisteis ser novios.

—Porque éramos amigos y se fiaba de mí.

Miro mi reloj para ver la hora que es.

—Bueno, yo me voy.

—Te acompaño. He acabado mi turno.

Asiento y, cuando salimos fuera, me dirijo hacia mi coche y Adair, hacia el suyo. Al aparcar frente a mi casa veo una moto, que intuyo que será de Jenna, y también el coche de Ángel. Ha llegado antes de lo que pensaba.

Mientras bajo del vehículo veo que Ángel se acerca desde la parte trasera con cara de mosqueado. Los adosados están unidos de dos en dos, para que puedan tener puerta trasera; el que está a la izquierda del mío lleva muchos años deshabitado.

—¿No están? —pregunto alarmado.

—Sí, pero dice que no abre a desconocidos. ¿Se puede saber a quién has metido en tu casa?

Sonrío y voy hacia la puerta seguido de Ángel y de Adair, que acaba de aparcar también y salir de su coche.

—Ya lo veréis.

Abro y, cuando entramos al salón, los tres nos quedamos boquiabiertos y sin palabras. Jenna nos mira sonrojada. Nora, por su parte, cree que esa cara sigue siendo parte del espectáculo, y se ríe feliz.

Jenna se levanta y se quita las plumas de indio que lleva en la cabeza, que no sé de dónde las habrá sacado, y nos mira a los tres, evidentemente cortada.

—Yo..., esto...

—Tranquila, Jenna, no pasa nada —le digo al verla tan agobiada.

Jenna asiente y mira a mis amigos.

—Estos son Adair y Ángel.

Los saluda con timidez, coge a la pequeña y la deja en su carrito, pese a las protestas de esta.

—No me has abierto la puerta —le reprocha Ángel, estudiándola.

—No.

Jenna no dice nada más, baja la vista y se pone a re-

coger unas marionetas que están por el suelo. La observo extrañado, pues antes no me parecía una persona tan vergonzosa.

—¿Necesitas que me quede un rato más? —pregunta.

—No, Jenna, te puedes ir —le aseguro con una sonrisa.

La observo intrigado y, cuando tiene todo guardado en su mochila, me mira de reojo.

—¿Cuándo quieres que vuelva? Si es que...

—Mañana a las nueve. ¿Te parece bien?

—Claro.

Va hacia Nora y le sonrío. Tras darle un beso, nos mira a los demás con una expresión seria en su joven rostro, nos lanza un rápido adiós cuando pasa por nuestro lado y se marcha cerrando la puerta.

Los tres nos observamos en silencio.

—Me parece que la hemos asustado. Parecía una gallina a punto de ir a la olla —comenta Ángel—. Es una chiquilla muy dulce. Me gusta.

—Sí. —Adair no dice más y va hacia la pequeña Nora, que ya se ha cansado de estar en el carrito. Ya tiene cerca de dos años, aún no habla nada y solo se desplaza gateando, apenas se ha atrevido a dar sus primeros pasos. La psicóloga, que viene a verla de vez en cuando, dice que es normal debido a lo que ha vivido desde niña, pero yo quiero que olvide su pasado cuanto antes, que no quede nada aterrador en su mente y sea feliz. Me inquieta pensar que nunca llegue a ser así. Ningún niño tendría que sufrir a edad tan temprana. He tratado de investigar cómo vivía con su madre, pero cuando nos la enseñaba, siempre era en algún hotel y, por lo poco que sé, solo estaba en ellos cuando íbamos a verla.

Los dejo con la pequeña y voy a guardar las cosas de

la compra. Mientras lo hago, no dejo de pensar en si hemos dicho algo que intimidara a Jenna. Cuando la vi la primera vez, no me pareció que fuera de las que se asustan con facilidad, pero, por lo visto, me equivoqué.

—Mira qué boceto más bonito. —Ángel me tiende un folio y, cuando lo veo, me quedo sorprendido.

—Es de Jenna.

Ha dibujado a Nora dormida en su cuna, y me sorprende lo bien que la ha captado.

—Alguien que dibuja así no puede ser malo. Aunque también puede que esté obsesionada con los bebés...

—No creo que sea eso —replico, guardando el dibujo—. Ya la has visto, solo es una chica que quiere sacarse un dinero para sus gastos, o para salir con los amigos...

—... o para comprarse bebida ilegal. —Miro a Ángel con el ceño fruncido—. ¿Qué? No me ha dejado entrar. Adair y yo nos reímos.

—¿Qué?, ¿te sientes mal porque no se haya dejado impresionar por tu inigualable atractivo?

—Idiota —contesta Ángel.

—Mañana estará con Nora más tiempo. Veremos qué tal.

Nora pega un grito y miro a Adair.

—La he dejado en el parque. Debería empezar a gustarle jugar sola.

—La estáis malcriando entre todos —protesto mientras me dirijo hacia ella.

—Es la primera pequeña del grupo, es normal —se defiende Ángel.

—Pues no creo que sea la única por mucho tiempo —comenta Adair.

—¿No habrás preñado a mi hermana?

—No seas tonto —le contesta a Ángel—. Me refería a Bianca. El otro día no quiso probar el cóctel que hicimos, y Albert me advirtió que no le ofreciéramos alcohol.

—No me había dado cuenta —reconoce Ángel.

—Estabas demasiado ocupado mirando y molestando a Dulce.

—Yo no tengo la culpa de que salga con ese imbécil y que encima lo traiga a nuestras reuniones. ¿Quién lo había invitado?

—Dulce —le contesto.

—Ella verá. Me es indiferente lo que haga —me responde Ángel.

—Claro, se nota.

Me gano una mirada seria de Ángel. Le sonrío y él concluye despechado:

—Me voy con Nora; ella sí me comprende.

Adair y yo nos reímos.

—Como estos dos tarden mucho en darse cuenta de que se desean, acabarán por volvernos locos a todos —le susurro a Adair cuando Ángel no puede escucharnos.

—Algo pasó entre ellos que hace que eso no sea tan fácil —observa Adair—. Dulce no es del todo feliz con Jon, aunque ella se empeñe en lo contrario. Cuando él trata de besarla, suele apartarse; a mí me lo hacía sin darse cuenta y al poco lo nuestro se acabó. Solo sentíamos amistad, y con él le pasa lo mismo. Tengo la sensación de que en el pasado de Dulce puede haber algo parecido a lo de Laia; ella me lo negó una vez, pero yo no dejo de darle vueltas. Hay muchos indicios de que fue así. Si no encuentra a alguien con quien se sienta cómoda, no logrará superarlo. Y Jon no es ese alguien.

—Pobre Jon. Me recuerda a mí con Elen. No es mal

tipo, creo, aunque tampoco lo conozco mucho. Tal vez nos esté engañando a todos.

—Puede ser, y, además, lo tuyo con Elen siempre estuvo abocado al fracaso.

—Podrías habérmelo dicho antes...

—Te lo dije.

—Listillo.

Adair no dice nada.

—¿Sabes algo de Elen?

—Llama a Laia de vez en cuando, pero Laia me ha dicho que cuando habla con ella y le pregunta por el pueblo, siempre evita preguntar por Liam. Dice que la nota triste. La vimos hace unos meses y parece feliz, dentro de lo que cabe. Se alegró mucho de vernos juntos, pero la situación fue bastante incómoda. Laia no quería contarle nada de lo que le pasó y Elen no quería saber nada del pueblo. Entre las dos se ha creado una tensión que antes no existía, demasiados secretos y temas de los que no poder hablar entre dos amigas. Me temo que esto las distanciará, al menos hasta que Elen dé el paso de volver y Laia, de contarle lo de la agresión. —Asiento, dándole la razón—. Además, Elen ahora está muy centrada en sus estudios, y el poco tiempo libre que tiene se dedica a cuidar a Matty, el hijo de una nueva amiga que ha acogido bajo su ala.

—Me alegra saber que no está sola, pero han pasado casi tres años. ¿A qué espera para volver?

—Cuando lo haga, deberá aceptar no solo a Liam, sino también su reino. Tal vez esté preparada para estar con Liam pero no se sienta capaz de llevar la corona.

—Lo sé, pero será una buena monarca.

—Sí, aunque debe dejar muchas cosas atrás. Cuando regrese, será porque esté lista para ambas cosas.

—Liam debe de quererla mucho.

—Sí, pero él también está pasándolo mal con todo esto.

—Me imagino.

—Tú no quieres de esa forma a Ainara.

—Déjalo ya...

—Acabas de reprocharme que no te advirtiera de lo de Elen...

—No quiero hablar de Ainara. —Consulto el reloj—. Tengo que llamarla, para ver si viene a cenar.

—Te dirá que no. —Lo miro serio—. ¿Qué? Solo le gusta ir a cenar a restaurantes caros.

—Es normal, siendo hija de alguien con tanto dinero y que además es marqués.

—Claro, como Bianca, ¿no? No he visto a nadie que disfrute tanto con la comida basura como ella... bueno, excepto Laia, pero lo suyo no es normal.

Me río al pensar en la novia de Adair y sus extrañas mezclas.

—Tiene un estómago a prueba de bombas.

—Y que lo digas.

Cojo el teléfono y llamo a Ainara. Como predecía Adair, no puede venir a cenar.

—¿Está trabajando?

—Sí. —No digo nada más y me voy hacia el salón. Trato de ignorar sus comentarios. Yo sé cosas de Ainara que ellos ignoran, y ellos no están conmigo cuando estamos juntos. A ella le importo...

Aprieto los puños, odiando a Adair por ser tan bocazas. Desde que está con Laia ha cambiado, ya no se calla lo que piensa, y ahora nos cuenta lo que le pasa sin que tengamos que sacárselo con pinzas. Me alegra que sea así, no es bueno guardarse todo para uno, pero me

fastidia que ande pinchándome siempre con el tema de lo mío con Ainara.

Oigo el timbre y bajo la escalera con Nora en brazos, que se acaba de despertar y con sus lloros no me ha dejado que termine de vestirme.

Al abrir la puerta, me encuentro a una seria Jenna al otro lado. Lleva, como ayer, dos trenzas y ningún tipo de maquillaje. El pelo castaño dorado brilla por el sol de la mañana y puedo ver en su pequeña nariz unas pecas. Es una chica dulce y preciosa. No sé cómo pudieron pensar Ángel y Adair que podía no ser de fiar. Aunque no me la hubieran recomendado, creo que hubiera confiado en ella nada más verla. Tiene algo especial.

—Buenos días.

—Buenas —contesta. La dejo pasar y me doy cuenta de que lleva la mochila de ayer sobre sus hombros—. Siento haber hecho el ridículo ayer..., yo...

—Jenna, no hiciste el ridículo.

—Tú no tenías plumas en la cabeza.

Me río al recordar la escena, pero su rostro ruborizado me hace dejar de hacerlo.

—Estabas muy graciosa.

—Estaba ridícula. Tus amigos debieron de creer que era tonta.

Así que era eso. Su nerviosismo de ayer era porque se sentía avergonzada.

—La próxima vez, llamaré al timbre antes de entrar.

—Si vienes solo no hace falta. —Me sorprende que me excluya, y no digo nada para no mortificarla más—. Es tu casa —explica.

—Ya, claro.

Jenna deja su mochila y Nora le tiende los bracitos para que la coja; al hacerlo, me llega el olor a frambuesa de la colonia de Jenna.

—Hola, pequeña.

—Se acaba de levantar..

—Ve a terminar de vestirte, yo me ocupo de ella.

—En la nevera te he dejado escrito lo que come y cuándo.

Jenna asiente y subo a terminar de arreglarme. Cuando bajo, la escucho hablar con mi hermana en la cocina:

—Tienes que tomarte toda la leche ahora cuando se caliente y no te queme. —Nora emite un sonido ininteligible y Jenna se ríe—. No te queda mucho para hablar, entonces me dirás muchas cosas y yo te contestaré. Me encantará hablar contigo.

—No creo que hable pronto. Al menos, eso dice la psicóloga.

—Cuando lo haga, estará bien. —Jenna sonrío a la pequeña y termina de preparar la leche. Se echa un poco en la mano y, viendo que no quema, la coge y le da el biberón, que esta no tarda en tomarse.

—¿Has cuidado a bebés antes?

—No, el niño que cuidé tenía cinco años. —Tuerce el morro mientras piensa y me mira—. Porque las muñecas no cuentan, ¿verdad? —añade sonriente en tono de broma.

—No, creo que no —le contesto con una sonrisa.

Me quedo contemplándolas hasta que me doy cuenta de que estoy embobado y me pongo a prepararme un café.

—Seguramente Bianca venga esta mañana. Es pelirroja, con unos ojos grandes y azules. Y si viene con su

marido, no te asustes por su cara seria. En el fondo es buen tío.

Jenna sonrío.

—Ahora me dirás que su marido se llama Albert...

—La miro patidifuso—. Por tu cara, he acertado.

—¿Conoces a Bianca?

—Sí, creo que hablamos de la misma persona. La vi hace poco cuando regresé de viaje; iba con su marido. Se quieren mucho. Me sorprende que os conozcáis.

—Sí. Qué casualidad.

—Me alegra que vaya a venir. —Asiento y miro la hora mientras termino el café.

—He de irme. Dile a Bianca que te cuente la historia de cómo nos conocimos.

Jenna asiente y salgo de mi casa tras besar a Nora, extrañado por que Bianca y Jenna se conozcan. Ni siquiera son de la misma edad y por las ropas sencillas de Jenna, dudo que pertenezcan al mismo círculo social. Tal vez mi niñera sea hija de algún empleado de la casa de Bianca y por eso se conocen, como pasa con Adair y Liam. Sí, debe de ser eso.